

## Arte y vocabulario de la lengva de los indios chaymas...: *una empresa lingüística del aragonés fray Francisco de Tauste*

JUAN PEDRO SÁNCHEZ MÉNDEZ  
*Université de Neuchâtel*

*Resumen:* El *Arte y vocabulario de la lengva de los indios chaymas* del aragonés fray Francisco de Tauste tiene un triple valor testimonial y documental: primero, como empresa lingüística particular a partir de una lengua amerindia, que se inserta plenamente en la compleja labor lingüística que supuso la evangelización americana; segundo, como testimonio de la historia de la lengua española en América; y tercero, desde el punto de vista de la filología aragonesa, como testimonio y documentación de aragonesismos e incluso de referencia a la *lengua aragonesa* en el siglo XVII que, aunque modesta —y, además, en un marco como el hispanoamericano— viene a destacar la contribución aragonesa al Nuevo Mundo durante los dos primeros siglos coloniales. Esta contribución consistirá básicamente en describir y desarrollar esta triple faceta, según se desprende de este texto.

*Palabras clave:* codificación de las lenguas amerindias, aragonesismos, léxico hispanoamericano, historia del español americano, la lengua aragonesa en el siglo XVII.

*Abstract:* The *Arte y vocabulario de la lengva de los indios chaymas* by the Aragonese monk Francisco de Tauste has a triple testimonial and documentary value: first, it is a particular linguistic undertaking from an amerindian language, which is inserted fully in the complex linguistic labor that the American evangelization supposed; second, it is a testimony of the history of the Spanish language in colonial America; and third, from the point of view of the Aragonese philology, it is testimony and documentation of aragonesisms and even one reference to Aragonese language in the 17th century; in addition it comes to emphasize the Aragonese contribution to the New World during the first two colonial centuries. This contribution will consist of describing and developing basically this triple facet on this text.

*Key words:* codification of Amerindian languages, aragonesisms, Spanish-American lexicon, American Spanish history, Aragonese language in the 17th century.

## 0. INTRODUCCIÓN

La figura del misionero aragonés fray Francisco de Tauste cayó en el olvido poco después de su muerte en 1685, y habría pasado totalmente desapercibida como uno más de los centenares de misioneros anónimos que emprendieron la evangelización del Nuevo Mundo si no hubiera sido porque es el autor de una interesante obra cuyo título podemos resumir como *Arte y Bocabulario de la lengua de los indios chaymas*.

Esta obra, aunque austera y de proporciones, objetivos y alcance relativamente modestos si la comparamos con las realizadas antes o después sobre otras lenguas amerindias de la América colonial, es, sin embargo, importante por varias razones. En primer lugar, es ya muy notable que el azar la haya conservado hasta nuestros días. En efecto, las gramáticas en lenguas indígenas que se escribieron en la América colonial fueron muchas, pero solo unas pocas, como es el caso de la nuestra, alcanzaron la imprenta y menos aún fueron las que se conservaron después (Amate Blanco 1992: 60). No se trata, como veremos, de una gran obra gramatical de la que se desprenda una doctrina interesante y sólida o que tenga un contenido pedagógico eficaz, ni de una obra científica antropológica de primer orden, aunque, para ser justos, hay que señalar que tampoco deja de tener sus aciertos y méritos. Es sencillamente un libro para iniciar a otros en la lengua de los indios chaimas, con un método muchas veces más voluntarioso que efectivo.

Sin embargo, lo más notable de la obra de Tauste no es esto, sino el triple valor testimonial y documental que posee:

- primero, como empresa lingüística particular a partir de una lengua amerindia, que se inserta plenamente en la compleja labor lingüística que supuso la multifacética evangelización americana;
- segundo, como testimonio de la historia de la lengua española en América; y
- tercero, y he aquí lo más inesperado, como testimonio de aragonesismos e incluso de cierta conciencia lingüística o referencia a la *lengua aragonesa* en el siglo XVII. No deja de llamar poderosamente la atención el hecho de que encontremos y testimonieemos aragonesismos, algunos de ellos ciertamente interesantes, en el lugar más insospechado: una gramática de una exótica y lejana lengua caribe.

## 1. ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

No es mucho lo que sabemos de este hombre, porque, como decía, no estamos ante una figura histórica ni ante un gran gramático o un intelectual notable o de primer nivel. Es autor de un único y humilde volumen hecho, según su testimonio, con notable esfuerzo y sacrificio a lo largo de más de veinte años de misionero. No fue, por tanto, personaje de los que dejan huella en la historia por su importancia, sino un aragonés humilde, comprometido hasta el final con su labor apostólica. Por ello, su figura bien podría haber sido totalmente anónima. De hecho, si hablamos hoy de él es porque la reciente publicación en edición facsímil de su *Arte*, por parte del Instituto Aragonés de Antropología, ha llevado a algunos estudiosos a reivindicar su figura y a interesarse por su persona y por esta obra que, hasta hace poco, dormía discretamente en los archivos de la Biblioteca Nacional.

Francisco de Tauste fue bautizado en la Iglesia parroquial de Santa María en Tauste con el nombre de Miguel Torralba de Rada (Longás Otín 2002: 10). Al entrar en la orden de los capuchinos a los 19 años, cambió su nombre, como era costumbre en la época, y tomó el del fundador de la orden y el de su localidad natalicia. Sabemos que pasó su noviciado en el desaparecido convento que los capuchinos tenían en Tarazona. Al concluir este, fue enviado a continuar su formación en Calatayud, donde tras siete años de oración y estudio se ordenó sacerdote en 1652. No podemos establecer en detalle cuáles serían sus estudios, pero es fácil imaginar que comprenderían la teología, la filosofía, el latín y su gramática, disciplinas que le habrían de ayudar años después en su labor evangelizadora en las profundidades de las junglas de Nueva Andalucía.

Por aquel entonces, hacía tiempo que los capuchinos expresaban su deseo de incorporarse y hacer oír su voz en la empresa evangelizadora americana. Tras mucho insistir al Rey, finalmente se concede permiso en 1650 para que varios dominicos aragoneses se embarquen con rumbo a la isla de Granada. El primer pie ya estaba puesto y en 1657 se vuelve a autorizar a que cinco dominicos aragoneses se adentren y se instalen en la provincia de los cumanagotos, en Nueva Andalucía, para la conversión de los naturales. Concretamente se les encomendó evangelizar la orilla izquierda del río Orinoco, desde la desembocadura del río Caroní hasta el mar (Asín 1992: 114). Los candidatos designados a esta empresa fueron nuestro joven fray Francisco de Tauste, fray Lorenzo de Magallón, fray Lorenzo de Belmonte, fray Agustín de Frías y fray

José de Carabantes (Longás Otín 2002: 19). De todos, junto a Tauste, hay que destacar especialmente a Carabantes, que escribirá posteriormente varias obras en latín destinadas a los misioneros, y compondrá en esta misma lengua un vocabulario de la lengua de indios (Rojas 1941: 163-164; Carrocera 1981). Su fin principal era el de reducir a los indígenas de la región para formar poblados y comenzar su formación cristiana y su aculturación.

Sin embargo, la mayor de las dificultades, y quizás la más decisiva, era el desconocimiento completo de las lenguas de los indígenas a quienes debían evangelizar, a lo que se sumaba la notable diversidad lingüística de toda la región bajo su cargo. La labor fue considerable y dura los primeros años. Con tiempo y tesón, los misioneros llegaron a construir más de 50 núcleos de población donde se cristianizaba a los indios y se les enseñaba a leer y escribir en su lengua nativa y en español (Longás Otín 2002: 29).

Como señalamos anteriormente, apoyándonos en Rojas (1941: 163-164) y Carrocera (1981), de todos los misioneros capuchinos aragoneses de Nueva Andalucía, solo dos se ocuparon de cuestiones filológicas: Tauste y Carabantes. Muy pronto Tauste se reveló como muy dotado para la comprensión, el estudio y el uso de la lengua chaima, destacándose, junto con Carabantes, del resto de sus compañeros. Todo indica que fue componiendo de manera progresiva su gramática año a año, posiblemente en colaboración también con Carabantes, que le debió suministrar no pocos materiales que sumó a los suyos propios. Creo que el *Arte*, en su origen, debió realizarse casi a modo de diario y apuntes en los que iba plasmando sus experiencias lingüísticas y sus notas, lo que luego, como veremos, se reflejará en la estructura y contenido de la obra. Así, en 1679, aprovechando un viaje a España con el fin de solicitar al Consejo de Indias y al Rey una mejora de la misión de Cumaná, es posible que Tauste terminara de redactar su *Arte* y lo llevara a imprimir. Muy probablemente, se llevó de vuelta con él un buen número de ejemplares impresos de su gramática, pensando en proporcionar una herramienta efectiva que habría de ser de notable utilidad para los jóvenes misioneros que se incorporaran posteriormente a la misión novoandaluza y tuvieran que aprender la lengua. Afortunadamente para nosotros, dejó también aquí algunos, como el conservado en la Biblioteca Nacional o el que sirvió de base, dado su interés antropológico, para la elaboración de una edición facsímil en 1888 en Leipzig (Pallarés Jiménez 2002: 95). Su *Arte* nos ofrece también un valioso material rico en datos sobre la lengua de estos

indígenas y, gracias a él, su conocimiento y memoria no se han perdido para siempre.

## 2. EL ARTE: PRODUCTO LINGÜÍSTICO DE LA ACTIVIDAD MISIONERA COLONIAL HISPANOAMERICANA

Como dije al principio, el *Arte* es un producto más de la labor evangelizadora americana, dentro de la cual adquiere pleno sentido. Desde el punto de vista lingüístico, la evangelización de los distintos pueblos amerindios tiene aspectos fundamentales y decisivos en la configuración de la América colonial y su mundo indígena, cuyos efectos se dejan sentir vivamente en la actualidad. Para los misioneros del siglo XVI se convirtió en una necesidad y obsesión el conocimiento de las lenguas indígenas (Amate Blanco 1992: 53). Las razones fueron prácticas al principio, pues, obviamente, los indígenas no podían ser evangelizados en español, ya que la gran mayoría de ellos desconocía el castellano y el hecho de que lo aprendieran acarrearía problemas metodológicos y logísticos de toda índole. Era mejor penetrar el mundo indígena utilizando su lengua, por lo que los misioneros fueron propiamente los fundadores de la filología indigenista en América.

Ahora bien, las cosas no pintaron fáciles al principio, pues, al desconocimiento que estos frailes tenían de estas lenguas, que carecían totalmente de escritura, se sumaba también la enorme fragmentación lingüística del territorio americano. Efectivamente, junto con los variados pueblos indígenas, los castellanos también se toparon con una situación de diversidad lingüística sin parangón con lo que conocían. Solo para América meridional se estiman unas dos mil hablas locales o variedades dialectales. A veces en una pequeña región los colonizadores se encontrarán con poblaciones indígenas que hablaban cinco o seis lenguas muy diferentes entre sí.

Afortunadamente para los evangelizadores, muy pronto se reveló la manera de conjurar esta diversidad. Los colonizadores descubrirán la importancia de la existencia, previa a su llegada, de las lenguas amerindias de los grandes imperios y de las civilizaciones precolombinas extendidas, al igual que el latín en la antigüedad, por sus respectivos imperios. Quechua y náhuatl eran lenguas de civilización que servían para integrar la heterogeneidad étnica, cultural y lingüística de estos imperios, y lo que hicieron los frailes fue sencillamente continuar y potenciar notablemente este papel integrador, aunque con presupuestos

religiosos y culturales del todo diferentes. Estas lenguas, junto con otras igualmente extendidas, se revelaron una magnífica llave de entrada en el mundo indígena (Rosenblat 1964). A estas lenguas se las denominará *lenguas generales*, usadas por los españoles y extendidas por los misioneros a través de los grupos indígenas que hablaban lenguas menores junto con el español parcialmente. Las lenguas generales se convertirán en lenguas oficiales de la Iglesia católica, surgirán cátedras, primero en la Universidad de Salamanca y lentamente en otras. Con su estudio y codificación se dará un espaldarazo importante y decisivo a estas lenguas.

No obstante, como evidencia la existencia del *Arte*, no fueron solo las lenguas principales o generales las únicas estudiadas y descritas. También se estudiarán y surgirán métodos y gramáticas de otras lenguas regionales menos extendidas, como, en nuestro caso, la lengua de los chaimas en Venezuela. En lo que respecta a Nueva Andalucía (al igual que en muchos otros territorios a lo largo y ancho de la inmensidad americana), no existía una lengua de civilización extendida, como en el mundo azteca con el náhuatl o en el andino con el quechua, ni una lengua general como el guaraní de Brasil y de las misiones jesuitas del Paraguay o el chibcha en Colombia. Los nativos tenían, además, muy escasa conciencia de esto. Sin embargo, de todas las lenguas habladas entonces allí, destacaba por ser algo más extendida o comprendida la de los indios chaimas, los más numerosos y también los que mostraban mejor carácter y docilidad.

La nación de los chaimas y sus vecinos pairas y cores son pueblos extintos cuya cultura desapareció totalmente. Sus descendientes viven hoy en Cumaná, pero están totalmente hispanizados (Romero de Tejada 2002: 63). Ocuparon toda la Península del Paira y tenían como vecinos al oeste a los famosos y belicosos cumanagotos. Todos eran pueblos de cazadores recolectores que vivían aún en una fase neolítica a la llegada de los españoles.

Lo que se denominaba lengua chaima era un conjunto de dialectos caribes muy afines, emparentados con el tamanaco y el cumana-goto (también hoy extintos) y, en menor grado, con el también aún hablado idioma yukpa. Los aragoneses creyeron advertir que, de todas las lenguas de Nueva Andalucía, el chaima era la más extendida y, consecuentemente, la utilizarán y la difundirán como una lengua en la que sentar sólidamente las bases de penetración y reducción de las gentes de esta tierra. El mismo Tauste (2002 [1680]: 1) señala en

la introducción a su obra que habían observado que esta lengua era hablada o entendida por gran parte de los indios de Nueva Andalucía en una extensión que comprendía más de cien leguas, desde Barcelona y Cumaná hasta Caracas. Reconoce, asimismo, que había diferencias dialectales entre los grupos, aunque no entorpecían la comunicación por gozar de notable afinidad.

Ahora bien, los estudios actuales, basados en investigaciones de campo, desmienten esta afirmación y señalan que no hay una completa identidad entre los dialectos caribes centrales y orientales (Romero de Tejada 2002: 41). Esto indica que podría ser que el chaima (y luego el cumanagoto) fuera utilizado en realidad como una «lengua de misiones» en la Venezuela colonial, es decir, una lengua indígena que los frailes contribuyeron a hacer general en su región de influencia gracias a la evangelización en esta lengua y gracias a su codificación en un arte o manual para su aprendizaje. Aquí reside uno de los primeros valores del *Arte* de nuestro fraile aragonés. Hasta donde sabemos, no existió otro tratado para los chaimas, por lo que es posible que esta obra fuese la herramienta que facilitó y contribuyó a la extensión y generalización de esta lengua, como lengua de misiones, en toda el área de influencia evangelizadora de los capuchinos aragoneses. Será también la guía y la llave de entrada a estos pueblos para las siguientes generaciones de capuchinos que, poco a poco, iban agrandando el territorio (Longás Otín 2002: 33). Por ello, a esta empresa lingüística debemos el hecho de que el chaima aún fuera uno de los tres idiomas indígenas más hablados en la Provincia de Cumaná y Barcelona hasta finales del siglo XVIII y que aún fuese corriente su empleo a comienzos del siglo XIX.

### 3. LA ELABORACIÓN DE LA GRAMÁTICA Y SUS CARACTERÍSTICAS

Por otro lado, hay que tener en cuenta que, cuando Tauste escribió su *Arte* en el último tercio del siglo XVII, ya existía una amplia experiencia y tradición consolidada de acercamiento y descripción de las lenguas amerindias, lo que debió de ser de no poca ayuda, y es posible que él estuviera hasta cierto punto familiarizado con dicha tradición o lo hiciera una vez asentado en su misión a orillas del Orinoco a través de otras artes que pudiera consultar.

Los primeros frailes que emprendieron esta labor casi dos siglos antes se encontraron con la dificultad de que no solo no existía la más remota tradición y metodología en la codificación y elaboración de artes

para la enseñanza de las lenguas generales, sino que la de su propia lengua romance acababa de empezar apenas unos decenios antes gracias a la *Gramática* de Nebrija. Por ello, no es de extrañar que, para su labor filológica, echasen mano de la improvisación y de sus conocimientos gramaticales aprendidos al estudiar latín y, a la vez, se ayudasen de Nebrija como ejemplo y modelo, tanto en sus gramáticas castellana y latina, como en su *Vocabulario latino-español*, que sabemos con certeza que utilizaron para esta empresa (Amate Blanco 1992: 55 y 63).

No obstante, a la labor de codificación se unía otra dificultad no menos importante, y es que eran frailes convertidos en filólogos por la fuerza de las circunstancias; esto es, no eran ni pretendían ser gramáticos más allá del fin específico que se habían impuesto. Por otro lado, a pesar de estar acostumbrados al estudio del latín y del griego, con sus escasos conocimientos metodológicos hubieron de enfrentarse a lenguas indígenas total y radicalmente diferentes de las que conocían y a las que muy a duras penas, y eso cuando lo hacían, se adaptaban a los principios de las gramáticas clásicas. Y ello porque estaban erizadas de dificultades, con una fonética muy distinta a las conocidas en Europa, una gramática con estructuras, paradigmas y tipos en todo punto diferentes y extraños, y un vocabulario en el que los problemas de traducciones de conceptos culturales entre el español y las lenguas indígenas eran frecuentemente insalvables.

Tauste ya contaba, pues, con cierta tradición, aunque quizás no debió de conocerla en profundidad y tuvo que apoyarse mayoritariamente en la aplicación de los conocimientos gramaticales que adquirió muchos años antes al aprender latín en el convento capuchino de Calatayud. A estos conocimientos les añadió los que le dictaba su propia intuición. Precisamente al latín hace referencia en la introducción cuando, para señalar la dificultad que le había supuesto realizar su gramática, observa que si aprender la lengua latina, que cuenta con maestros, gramáticas y vocabularios que facilitan su adquisición, requiere de dos o tres años para que «un buen ingenio pueda hablarla con facilidad y elegancia, cuánto más se necesitará para aprender esta lengua bárbara y en casi todo punto tan diferente» (Tauste 2002 [1680]: 2). Él mismo señala que la naturaleza tan diferente de esta lengua frente a las europeas, su diversidad dialectal y la carencia de escritura hacían a esta lengua particularmente difícil de codificar y aprender.

La obra tiene cinco partes, no muy bien diferenciadas entre sí, salvo la primera y la última. Comienza el autor en la introducción acotando

el ámbito geográfico y étnico para el que será válida la gramática y ofreciendo algunas referencias generales sobre la lengua chaima, sobre lo más notable de su dificultad y sobre sus variedades geográficas y estilísticas. Concluye esta parte indicando los temas de que tratará su libro, sin que, como se verifica a medida que avanzamos en el *Arte*, se cumpla ese propósito en muchos casos. Por ejemplo, dice que tras el vocabulario hablará de los pronombres, cuando de ellos no ofrece luego más que unas referencias muy generales. Parece tratarse de un plan de intenciones previo que no llegó a concluirse, de ahí que dé la impresión de que la gramática está incompleta. Le sigue una ordenación alfabética de elementos a modo de vocabulario. Viene luego la parte de descripción gramatical. Continúa un compendio de verbos, que en realidad son frases para practicarlos con alguna que otra explicación gramatical a fin de aclarar determinados aspectos, y concluye con un catecismo elemental y básico en lengua chaima.

A lo largo de la obra se puede percibir la heterogeneidad de materiales que fueron recopilados con distinto fin y ordenación. Es decir, al estudiar el *Arte*, da la impresión de que se realizó sobre la marcha, de manera quizás un tanto improvisada, sin un plan establecido al inicio. Es posible que al principio Tauste ni siquiera pensase en hacer una gramática y que la idea fuera tomando cuerpo poco a poco, a medida que sus conocimientos de la lengua se consolidaban y aumentaban los materiales que iba elaborando y recogiendo a fin de practicarlos luego o recordarlos. Finalmente, su viaje a España le daría la idea de aprovechar todos estos materiales para hacer con ellos una gramática de la lengua chaima y llevarla a imprenta. Y es evidente que le faltó tiempo para terminarla, pues, al parecer, tuvo que darle punto final en el estado avanzado en que estaba, pero sin concluir. De esta manera, la gramática quedó un poco deslavazada, aunque ello no entorpecía mucho el propósito para el que fue escrita. Hay ciertamente algunos temas que se tratan en profundidad y que se corresponderían con aquellos que Tauste logró terminar antes de o durante su viaje a España, y hay otros, presentados de manera incompleta o esquemática, quizás a modo de esbozo para ser descritos en detalle y de manera más elaborada después.

Tauste nos indica en su introducción (p. 2) que le llevó más de veintidós años la realización de esta gramática. Es evidente que no debería ser la lengua chaima tan difícil que requiriera de más de dos décadas para aprenderla, sino que lo que dice es congruente y apunta a lo que señalábamos, esto es, como algo que comenzó con simples

notas o apuntes, para agruparlos después en un estudio más amplio que no llegó a realizarse del todo.

Por otro lado, a lo incompleto del *Arte* se añade otra característica no menos importante que le otorga un valor meritorio. Al leer el *Arte* se descubre claramente que Tauste no era gramático, sino un fraile con muy buena capacidad para la observación lingüística y aprendizaje de la lengua aborigen, más interesado en la evangelización y en la enseñanza de esta lengua con ese fin que en hacer un tratado o estudio lingüístico. No obstante, aunque la obra presenta fallos e ingenuidades que no habría cometido alguien más experimentado o formado en la descripción o codificación gramatical, no deja de tener notables aciertos en la descripción y comprensión de algunos fenómenos, como la explicación de los numerales, en los que da muestras de gran capacidad de penetración en sistemas culturales muy distintos de los europeos conocidos, y, consecuentemente, logra entenderlos y explicarlos con acierto. Son un ejemplo del intento de conciliar dos formas muy dispares de ver el mundo. Asimismo, en su «tratado de verbo», al que le dedica abundantes páginas, adivinamos su excelente capacidad de comprensión y explicación de estructuras lingüísticas totalmente desconocidas en Europa y en cuya elucidación no existían más precedentes que los que nuestro fraile iba creando sobre la marcha.

Pero esto es casi la excepción. Los restantes fenómenos y estructuras lingüísticas aparecen seguidos unos de otros, sin separación, al azar o incluso mezclados. Habrá también partes del sistema apenas esbozadas. Por ejemplo, a la pronunciación no le dedica más que un párrafo en su introducción para decirnos que los indios suelen tener mala pronunciación y que «carecen de tres letras», con la confusión, típica de la época, de fonemas y letras. Al pronombre no le dedica más que dos párrafos, confundido con el plural, y solo para señalar que la lengua chaima distingue entre un *nosotros* exclusivo (tú y yo y no otro) y un *nosotros* inclusivo (tú, yo y los otros) y la manera en que lo hace.

En otros casos hay inconsistencias aparentes, que se podrían atribuir tanto a la falta de pericia como a la premura con la que debió concluirse el *Arte*, pues llama la atención que, por ejemplo, considere gerundios las expresiones con las que traduce algunas construcciones chaimas, como «Para llevar yo» o «A llevar» (p. 68). Por su parte, construcciones con un gerundio como «estoy yendo», aparecen bajo el epígrafe de subjuntivo (p. 76), o denomina participios a frases como «el que lleva»

(p. 69), «no estoy», «quiero estar» (p. 51) y, a la vez subjuntivo a «el que quiere ir» (p. 79). Es posible que estos casos no denoten tanto una confusión o falta de dominio gramatical en nuestro autor sino que revelarían cierto desbarajuste en el método, pues es posible que lo que ocurra es que la lengua chaima quizás exprese efectivamente con un gerundio o con un subjuntivo las expresiones que señala Tauste. Eso es algo que debe adivinar (y verificar) el lector. Asimismo, al ofrecer la conjugación de los verbos encontramos de nuevo una aparente confusión e incongruencia en la traducción de cada tiempo chaima. Así, dice que el tiempo pretérito imperfecto es «yo estuve ayer?, tu estuviste?, aquel estaua? y nosotros dos estavamos?, [...], vosotros?, aquellos», y a continuación, que el pretérito perfecto es «yo fui, o estuve, tu estuviste, [...], nosotros dos fuimos, [...], vosotros fuisteis, aquellos fueron» (p. 49), exactamente lo mismo en lo que se refiere a la primera y segunda persona del singular. ¿Es posible que se deba a que la lengua chaima no distinga entre estos dos tiempos en estas dos personas y sí los distinga en el resto de la conjugación? Parece que lo más probable es que se confundiera. Recordemos que Tauste no es un gramático. Otras veces no acierta a poner una denominación al tiempo verbal, desconocido en latín, y se limita a presentarlo con una perífrasis. Por ejemplo, cuando señala el tiempo «después de aver sido o estado yo» (p. 50), para el que no encontraría una terminología adecuada en sus conocimientos de gramática latina.

En general, dos tercios del *Arte* son largos listados de palabras y frases a modo de vocabulario, ordenados aparentemente de manera alfabética. Sin embargo, aquí también encontramos particularidades que vendrían a demostrar el hecho de que esos materiales fueron en principio meras notas que nuestro fraile realizó para su propio uso y que luego incorporó sin adaptarlas o modificarlas al carácter que les impone una gramática o *Arte*, dada la premura con la que debió elaborar muchos de los materiales para llevar la obra terminada a imprenta.

El primer listado consiste en un vocabulario ordenado alfabéticamente de manera un tanto *sui generis*. Puede sorprender, por ejemplo, que en la letra A aparezcan, junto a *afuera, alegre, agrio*, etc., locuciones y frases ordenadas por la preposición (*a donde, al salir el sol*), palabras que comienzan por *h* (*hallado*), la ordenación por el adjetivo o el sustantivo pospuestos en la frase nominal (*costa alta, nuestro abuelo*); en otras ocasiones de manera ideológica, como *pájaro de la cueva, periquito colorado*, que se englobarían bajo el término *ave*, lo que explicaría su inclusión en esta letra; algunas palabras son de difícil justificación, quizás

descuidos, como *el fuerte, nalgas ô embés*. Otras veces ofrece distintos tipos del mismo concepto de manera curiosa: por ejemplo, en la letra *L* incluye *Los caracoles de la cueva* (esta vez ordenado por el artículo; alude probablemente a un animal o molusco americano) y continúa con *Otros grandes* (esto es, ‘otros caracoles’), *otros del pantano, otro, otro*, sin más especificación, dejando que el lector sospeche que se refieren a algún animal parecido o de la misma familia.

El segundo listado, en cambio, lo denomina «compendio de los verbos», y consiste en la presentación de la conjugación de los verbos mediante frases a modo de ejemplo de su flexión y gramática, del tipo: *yo embio, a ti te embio, tu lo envías, a mi me envías, embialo, embiame, quando embies* (p. 79).

#### 4. EL ARTE COMO TESTIMONIO DE LA HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Desde el punto de vista de la historia de la lengua en América, los dos listados anteriores tienen, no obstante todo lo dicho, un interés y un valor nada desdeñables para la investigación lingüística histórica y la historia de las hablas americanas. Por un lado, en la redacción de la introducción, Tauste incluye rasgos y características típicas del español septentrional y cortesano, ajenos al español hablado en Aragón y América, como cierto leísmo de cosa: «pero si tus ocupaciones, [...] no te permiten el logro de comprenderle [el libro]» o «Y supuesto que una lengua tan elegantemente traducida como la latina [...] cuesta a un buen ingenio [...] dos años y aun tres para ser perfecto latino y hablarle [el latín] con facilidad [...]» (p. 2), o un claro laísmo: «A esa lengua la faltan tambien en su ordinario exercicio tres letras» (p. 2). Como sabemos, estos fenómenos no aparecen en Aragón y, a su vez, Venezuela, como la mayor parte de América, es claramente etimológica en el uso de los pronombres. Creo más bien, a juzgar por el prestigio que estas formas tan cortesananas tenían entre los escritores peninsulares, que Tauste está imitando aquí un estilo y usos ajenos (de ahí el error anterior de sustituir *le* por *la*), al igual que se puede observar en otros escritos y escritores hispanoamericanos de la época. Recordemos que estuvo instalado en Madrid un tiempo esperando audiencia, cuando llevó su *Arte* a imprenta.

Los listados también ofrecen multitud de americanismos propios de Nueva Andalucía en la época, y su obra nos permite una documen-

tación segura en lugar y fecha, ya que su autor nunca salió de Nueva Andalucía salvo las dos veces que se trasladó a España. Tras más de cuarenta años en Cumaná y trato constante con los españoles allí residentes, Tauste tuvo que incorporar a su español aragonés peninsular muchos americanismos que luego emplearía con naturalidad. De hecho, en el *Arte* aparecen directamente, sin glosa ni mayor explicación, lo que significa que para él no eran extraños, y que quizás no pensó en desarrollarlos para un público español, sino que pensaría en un público de misioneros que se formarían en la lengua en la misma América. Encontramos numerosos indigenismos, casi todos referidos a la flora, la fauna o la alimentación, algunos generales o muy extendidos en América, como *caoba*, *cataure*, *cayman*, *cazabe*, *conuco*, *copey*, *curi*, *currucay*, *guachaco*, *guayaba*, *mapuey*, *nigua*, *paogies*, *papaya*, *papayo*, *pauj*, *pita*, *sabana*, *tuma*, *tutuma*, etc.; y otros propios hoy día de Venezuela como *arepa*, *cachicamo* o *zamuro* (Sánchez Méndez 1994).

Otras veces, los americanismos son palabras españolas que se han adaptado en América, de manera que el significante es el mismo que en España pero su significado es americano: *algarrobo*, *quebrada* o *barranco*, *piña*, *quando lo vote* ('tiré', en este caso un marinerismo adaptado a tierra firme, comunes en las hablas americanas actuales), o *atorarse* (con el sentido hoy presente en Venezuela y el Caribe de 'atragantarse' o 'ahogarse'). También es frecuente encontrar expresiones, sintagmas y formaciones para designar cosas propias de América: *azeyte de palo*, *fruta zimarrona*, *pajaro de la cueva*, *puerco de monte*, *el arbol de la habilla*, *perro de agua*; en otras ocasiones aparecen a la vez el término patrimonial y el indígena: *puerco vaquirá*, *pañó* o *guayuco de varon*, *gusanillo chiquicuisi*. Igualmente, nos ofrece creaciones quizás propias como *bebi tabaco de humo* (p. 103), por 'fumar', algo que debía desconocer; o, a veces, cuando no cuenta con el equivalente español para el concepto por desconocerlo o por no existir, explica brevemente de qué se trata mediante una comparación o breve descripción: *fruta como mayas con hueso* (p. 6); *otro arbol del fruto de una vaina larga como judías* (p. 8); *ave o pajarito como avejon* (p. 8); *coroço, una palma* (p. 18); *zeyba, arbol grande* (p. 18).

Asimismo, podemos encontrar un lenguaje más familiar con fórmulas y unidades fraseológicas de la época, que podemos testimoniar aquí: por ejemplo, *sin dejarles hablar* o *tocar pelota*, *a hurtadillas*, *de veras*, *de burlas*, *delicado mirame* y *no me toques*, *estar baxito*, *en cucletas*, *anda la tronada por el cielo*, etc., que recuerdan al español cotidiano y coloquial de estos frailes.

## 5. EL ARTE COMO TESTIMONIO DE LA PRESENCIA ARAGONESA EN HISPANOAMÉRICA

Un aspecto muy notable y ciertamente destacable del *Arte* es la presencia de aragonesismos que delatan el origen de su autor e, incluso, una referencia explícita a la lengua aragonesa. Sabemos que la aportación aragonesa al Nuevo Mundo fue muy modesta, ya que al principio solo los castellanos podían embarcarse rumbo a las nuevas tierras. No obstante, algunos aragoneses estuvieron presentes en la empresa desde los primeros tiempos y es posible seguir algunas de sus trazas (Asín 1992). Por ejemplo, en una investigación reciente y en prensa sobre paleografía y escritura colonial hispanoamericana, Rocío Díaz y Rocío Martínez descubrieron que hubo ciertas tradiciones propias de la escritura notarial y cortesana aragonesa, ajenas a la castellana, que pasaron al Nuevo Mundo y pervivieron a través de su integración con otros usos, contribuyendo a la configuración de una tradición de escritura documental que se fue distinguiendo de la peninsular. Los capuchinos aragoneses de Nueva Andalucía son otro ejemplo y testimonio de esta presencia aragonesa en el Nuevo Mundo.

Lo aragonés en el *Arte* de Tauste se manifiesta en una doble manera, una directa o voluntaria, a modo de conciencia lingüística, y otra indirecta o desapercibida para el autor. En primer lugar, en las primeras líneas de su introducción, Tauste muestra que la lengua chaima es la más extendida entre las gentes de aquellas tierras y que, aunque es cierto que se pueden observar entre ellas diferencias de pronunciación o de gramática, también es verdad que no afectan a la intercomprensión mutua. Y a partir de aquí establece un símil muy curioso con España y dice:

[...] y aunque es verdad, que entre estas mismas Naciones dichas tienen en su estilo, y practica alguna diferencia en la pronunciacion, ô ya añadiendo, ô quitando alguna silaba, à la voz comun de el nombre, ô verbo; pero no es parte para no entenderse harto bien los conceptos; como v.g. acà en España las lenguas Castellana, Aragonesa, Valenciana, y Gallega [...] (p. 1).

Esta cita no deja de llamar la atención. En primer lugar porque habla de una *lengua aragonesa*. Sabemos que en el siglo XVII lo que fue el aragonés medieval hacía tiempo que había desaparecido embebido en el castellano casi completamente, por un proceso paulatino de integración de lo que fueron dos variedades hispanorrománicas muy afines. Desde el siglo XVI el retroceso dialectal hacia el norte era ya

definitivo y presentaba unas fronteras no muy alejadas de las actuales con las hablas alto-aragonesas arrinconadas en el norte. En el resto del territorio, y en proporción menor cuanto más al sur, lo que tendremos será ya un castellano regional con aragonesismos. De hecho, en la población de Tauste, en los años de infancia de nuestro autor, se hablaría con toda seguridad un castellano con muchos aragonesismos, incluso más que en otras zonas de más al sur. Esta variedad del castellano fue su variedad materna. Por lo tanto ¿a qué lengua aragonesa se refiere? Como señala Monge (1993: 283), en el siglo XVI era todavía reciente la total independencia política de Aragón y entre los aragoneses existía una conciencia de diferenciación de su habla frente a la castellana, al margen del gran parentesco que debían notar. Es decir, llamaría aragonés a la manera de hablar castellano en su región. El hecho de que lo coloque al mismo nivel que el castellano, el valenciano o el gallego, no deja lugar a dudas de que no se está refiriendo a algo sentido como una variedad del castellano. Por otro lado, creo que también es significativo que en ningún lugar de la obra emplee el término *español* para referirse al castellano, siempre nombrado de esta manera o como «nuestro romance» en su libro. El término *español* lo reserva Tauste para referirse exclusivamente a los no indígenas, a los peninsulares, ente los que él se incluye.

En segundo lugar, la presencia aragonesa está en los aragonesismos y los modos lingüísticos aragoneses que el autor desliza, posiblemente de manera inadvertida, en su obra. Si tenemos en cuenta que los misioneros aragoneses formaron una comunidad cerrada, donde convivían juntos tantos años, es muy posible que los rasgos aragoneses de su español se mantuvieran muy vivos entre ellos al retroalimentarse, esto es, que entre todas formaran una koiné de castellano regional aragonés y, de ese modo, en las junglas a orillas del Orinoco continuaron empleando su español regional, salpicado a veces de expresiones y palabras que recuerdan a las tierras aragonesas de Zaragoza y Teruel.

Así pues, por lo que se desprende del *Arte*, Tauste, por un lado, fue aclimatando su español aragonés al español americano en la medida que introducía los americanismos de todo tipo que hemos visto antes y, por el otro, siguió manteniendo siempre usos, giros y voces que delataban su origen aragonés, sobre todo si tenemos en cuenta que su libro está escrito unos 35 años después de su partida al Nuevo Mundo. En consecuencia, podríamos considerar que el castellano en el que está escrito el libro es un castellano regional aragonés, nivelado con el de sus otros compañeros capuchinos del mismo origen y americanizado o

adaptado al Nuevo Mundo. No podemos precisar hasta qué punto este español pudo dejar alguna huella lingüística en el español regional de Venezuela, aunque creo que de haber existido, debió de ser efímera, pues los frailes, dada su misión pastoral, estaban más tiempo dedicados a convivir con los indígenas que con los españoles.

Ahora bien, también es cierto que los aragonesismos presentes en su obra no son muchos. Son más bien pocos, aunque significativos. Podemos pensar que el autor evitó conscientemente o corrigió algunos de ellos al escribir su libro, y dejó solo aquellos que no creía tales, o incluso pudo ocurrir que tras más de tres décadas en Nueva Andalucía, su castellano aragonés fuera confluyendo con el regional venezolano, de manera que perdió muchos de los giros y expresiones de su juventud y tan solo conservó algunos que luego se deslizaron en su escrito.

Aún falta un estudio más en detalle y profundidad de los aragonesismos seguros y posibles de esta obra. No obstante, en una primera lectura se pueden señalar algunos de ellos. El antropólogo aragonés Pallarés Jiménez (2002: 101), al describir el *Arte*, comenta algunas voces y giros empleados por Tauste a los que da una clara filiación aragonesa: *lucernas, sin repartir cosas de fruta, llevar el niño en corderos, piedra de yezo o entestinos*.

Sin embargo, no todos los términos que señala son aragoneses, además de que hay otros que se le escapan por desconocerlos. Veamos algunos aragonesismos de filiación segura, aunque sea mediante un somero análisis:

*acedo*: «Cosa aceda, ô mordaz» (p. 9). adj. ‘Ácido’, del latín ACETUM ‘vinagre’. *Acedo* se encuentra ya en Berceo como adjetivo. Corominas y Pascual (s. v. *acedo*) señalan que en los romances hispánicos (excepto en portugués) se usa solo como un sustantivo. *Ácido* es un cultismo en castellano.

*alberge*: «Otro de fruta como albergues» (p. 8). sust. Hace referencia al ‘albaricoque’. Se trata de un arabismo, procedente del árabe hispánico *albarqúq*, este del árabe clásico *burqûq*, y este del griego. Es el *abercoc* del catalán que recuerda al árbol de la *albercoquera* del aragonés.

*besque*: «arbol como de besque, ô liga» (p. 6). sust. Esta voz también se registra en Aragón como *besc* y *bizco*. Hace referencia a una sustancia pegajosa que se extrae principalmente por cocimiento de la pulpa de los frutos del muérdago o de la corteza interna del acebo

(ILEX AQUIFOLIUM) y que, untada en espartos, mimbres o cualquier varilla fina y elástica, sirve para cazar pájaros. También es de uso medicinal la obtenida del muérdago. Esta voz me recuerda también a la valenciana *bisca* o *liga*. Se trataría de un orientalismo.

*cluquetas*: «estar baxito en cluquetas» (p. 16). Esta expresión es la equivalente a la castellana *estar en cuclillas*. Llama la atención el final diminutivo *-eta*, coincidente con el catalán. Posiblemente esta voz se podría relacionar con la forma verbal aragonesa *clocarse*, presente en Borao y utilizada también en el *Diccionario de Autoridades* bajo la forma *aclocarse*, para referirse a ‘ponerse clueca la gallina’. Como aragonesismo, *estar en cluquetas* aparece conservado hoy en la comarca de Sobrepuerto, en el Alto Aragón a juzgar por las noticias y el ejemplo que da de ella José M.<sup>a</sup> Satué Sanromán (1994): «en cuclillas: *Bes de cluquetas pa que no te beiga*». También se testimonia en pueblos de Teruel (López Navarrete y Torres Belmonte (2008) y se cita en Rafael Andolz (1977)).

*enemigo de los dedos*: «Vñas de la mano [...] Vñas del pie [...]. Enemigos de los dedos» (pp. 12-13). Esta construcción la considera Pallarés Jiménez (2002: 101) como un giro desconocido. Sin embargo, creo que, con toda probabilidad, se puede pensar en una procedencia oriental, coincidente con el catalán *enemic*, para designar el padrastró de la uña o ‘pellejo que se levanta de la carne inmediata a las uñas de las manos’. No es casualidad que Tauste lo cite en su lista después de uñas de las manos y de los pies, y haga referencia a los dedos. Este uso de *enemigo* en aragonés lo recoge Colón (1989: 283-296), para quien el catalán y el aragonés se habrán decantado por el uso de *enemigo*, frente al castellano. En opinión del autor catalán (1989: 283), es posible que todos estos nombres reposen en una superstición, según la cual los padrastrós son la manifestación de un odio o encono de que es víctima quien lo padece. En catalán, Colón lo documenta desde mediados del siglo XVII y en aragonés aparecía hacia 1650 en *El Criticón* de Baltasar Gracián, y luego en otras fuentes como Siesso (hacia 1720), tanto aragonesas como navarras. Su uso en Tauste nos permitiría documentarlo también en 1680. Por otro lado, en el *ALEANR* (mapa 991, lámina número 1184), el tipo *enemigo* comprende toda Navarra, una mención aislada en el norte de Huesca y, en la provincia de Teruel, en el Sur, hay seis puntos contiguos que responden también a esta voz. Como indica Colón (1989: 286), «este precioso mapa permite comprobar que la zona compacta de *enemigo* de la época de Gracián (h. 1650) y Siesso de Bolea (h. 1720) ha quedado desbaratada con la

irrupción de términos menos específicos como *repelo* y *repelón*, pero las áreas laterales mantienen *enemigo*». Esta expresión sería, por tanto, una prueba documental más de su extensión en la época.

*fuina*: «Fuina, come gallinas» (p. 27). Este es el término más extendido en Aragón para designar a la *garduña* o, por confusión, también a la *marta*. *Fuina* sería la designación popular, junto con variantes más antiguas como *foína* o *fuyina*.

*sarrampión*: «Sarrampion, ô llagas» (p. 41) ‘sarrampión’. Del hispanolatino SIRIMPIO ‘pápula de sarrampión’. La variante catalana también puede llevar la vibrante múltiple: *sa(r)rampió*. Según Corominas y Pascual (s. v. *sarrampión*), es hoy la forma usual del Alto Aragón, mientras que *sarrampión* se oye hacia Huesca. Es posible que en el siglo XVII se extendiera más hacia el sur, como testimonia su uso por parte de Tauste.

Sería también propio del castellano hablado en Aragón el uso del diminutivo en *-ico*, que encontramos en algunas expresiones de nuestro autor como «y pimiento *menudico*» (p. 7).

Como posibles aragonesismos cabe citar los siguientes:

*morciegalo*: «Morciegalo pequeño [...] mordedura de morciegalo» (p. 32). Del latín MUR CAECUS. Según Corominas y Pascual (s. v. *murciélago*), esta forma también se documenta en el castellano medieval y en algunas obras del siglo XVI. Hoy aparece asimismo en algunas regiones americanas como Cuba. En el Alto Aragón encontramos distintas variantes de este nombre, como *morcigalo*, *morciego*, *morciacalo*, *murciagalo*, *murcieralo*, *morcielago*, etc., junto con otros nombres.

*llueca*: «la llueca, ô que tiene huevos» (p. 23) ‘clueca’. La forma castellana procedería de una latina \*CLOCCA. Muestran Corominas y Pascual (s. v. *clueca*) que esta voz mantiene formas análogas en la mayor parte de los romances, con ligeras variaciones entre sí. La forma catalana *lloca* procedería de una variante latino-vulgar \*LOCCA. En altoaragonés encontramos diversas formas procedentes de uno u otro origen como *cloca*, *cleca*, *loca*, *lueca* y *llueca*. Parece que esta forma es la propia de los hispanorromances orientales.

*gramen*: «Gramen» (p. 28) ‘grama, especie de hierba’. En esta voz reparó Pallarés Jiménez (2002: 101), que la considera un aragonesismo. Es un nombre usado en algunas localidades del Alto Aragón para la ‘hierba’.

En resumen, la obra de Tauste tiene un triple valor testimonial y documental: primero, como empresa lingüística particular a partir de una lengua amerindia, que se inserta plenamente en la compleja labor lingüística que supuso la evangelización americana; segundo, como testimonio de la historia de la lengua española en América; y tercero, desde el punto de vista de la filología aragonesa, como testimonio y documentación de aragonesismos e, incluso, de una referencia a la *lengua aragonesa* en el siglo XVII. Algunos de estos aragonesismos, como el caso de *enemigo de los dedos*, son útiles y sirven de fuente para confirmar determinadas hipótesis señaladas por los estudiosos. Todo esto se da, además, en un marco como el hispanoamericano, que, aunque modestamente, viene a testimoniar la contribución aragonesa al Nuevo Mundo durante los dos primeros siglos coloniales.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALEANR: Manuel Alvar, con la colaboración de Tomás Buesa, Antonio Llorente y Elena Alvar, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (1979-1983), 12 vols., Madrid/Zaragoza, Dpto. de Geografía Lingüística del C.S.I.C./Institución «Fernando el Católico».
- Amate Blanco, Juan José (1992): «La filología indigenista en los misioneros del siglo XVI», *Cuadernos hispanoamericanos*, 53-70.
- Andolz, Rafael (1977): *Diccionario Aragonés: aragonés-castellano, castellano-aragonés*, Zaragoza, Librería General, 1.ª ed.
- Asín, Francisco (1992): *Aragón y América*, Madrid, Mapfre.
- Carrocera, Buenaventura (1981): *Lingüística indígena venezolana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Colón, Germà (1989): «El padrastro de la uña ante *enemigo* y *enemic*», en Germà Colón, *El español y el catalán, juntos y en contraste*, Barcelona, Ariel, 283-296.
- Corominas, Joan y José Antonio Pascual (1997): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid, Gredos.
- Díaz, Rocío y Rocío Martínez (en prensa): «El sistema de escritura colonial: ¿símbolo de identidad hispano-americana o reflejo de la tradición?», en Juan Pedro Sánchez Méndez y Mariela de la Torre (eds.), *Problemas y métodos en la edición y estudio de documentos antiguos*.
- Longás Otín, Luis (2002): «Francisco de Tauste (1626-1685)», en la edición facsímil de Francisco de Tauste, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 9-38.
- López Navarrete, Rafael y Torres Belmonte, José M.ª (2008): *El habla de los pueblos turolenses de la comarca Gúdar-Javalambre*, Madrid, Visión.

- Monge, Félix (1993): «Notas para la historiografía del habla de Aragón» [1951], *Archivo de Filología Aragonesa*, 48-49, 263-283.
- Pallarés Jiménez, Miguel Ángel (2002): «Las fatigas y desvelos son más que letras: sobre los trabajos de fray Francisco de Tauste tras el *Arte y vocabulario de la lengua de los indios chaymas*», en la edición facsímil de Francisco de Tauste, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 85-103.
- Real Academia Española (1990), *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos.
- Rojas, Arístides (1941): «Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela», en Arístides Rojas, *Estudios indígenas: contribución a la historia antigua de Venezuela*, Caracas, Cecilio Acosta, 156-192.
- Romero de Tejada, Pilar (2002): «Etnografía de los grupos indígenas de la provincia de Cumaná o Nueva Andalucía», en la edición facsímil de Francisco de Tauste, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 39-66.
- Rosenblat, Ángel (1964): «La hispanización de América. El castellano y las lenguas indígenas desde 1492», en *Presente y Futuro de la Lengua Española*, 2 vols., Madrid, OFINES, II, 189-216.
- Sánchez Méndez, Juan (1994): *Aproximación al léxico venezolano del siglo XVIII a través de la «Descripción exacta de la provincia de Benezuela» de J. L. Cisneros*, Valencia, Universitat de València, Anejo X de *Cuadernos de Filología*.
- Satué Sanromán, José M.<sup>a</sup> (1994): «Vocabulario de Sobrepuerto», *Serrablo*, núm. 93, edición electrónica sin páginar <<http://www.serrablo.org/boletin/s93/s93a6.html>>.
- Tauste, Francisco de (2002): *Arte y vocabulario de la lengua, de los indios chaymas, cumanaotos, cores, pares y otros diversos* [1680]. Edición facsímil a cargo de Miguel Ángel Pallarés Jiménez, Zaragoza, Monografías del Instituto Aragonés de Antropología, 6.